

¿CENSURABLE?

Sara Albaladejo Albaladejo

Todo es tan sexual... desde el movimiento de tus labios al explicar hasta la forma de sentarte encima de la mesa, provocativa sin pretenderlo. No sé si hablas de la música en los 60 o de la importancia de lavarse los dientes después de cada comida, qué más da, sólo presto atención a tu cuerpo y a tu voz mientras me relamo inconscientemente, fantaseando. ¿Cómo reaccionarías si pudieras leer mi mente? La mayoría de la clase anda charlando y yo apenas puedo dejar de pensar en cómo sería acostarme contigo. De verdad que intento escucharte, pero si no paras de moverte, de levantarte con descuido la camisa, de ser tan atrayente, es imposible que atienda a nada de lo que estás diciendo. ¿Qué puedo hacer?, quizá deba echarle las culpas a mis hormonas adolescentes, podría decir que ellas son las responsables de mi deseo, pero poco ganaría así. A veces me gustaría susurrarte que no puedo parar de buscar tu mirada cada vez que nos cruzamos, que cuando te veo aparecer por una esquina invento alguna excusa para tomar tu misma dirección, que cuando terminaba la clase siempre tenía una loca esperanza de que me llamaras y me dijeras que querías hablar conmigo a solas, pero tu incierta reacción y el bajón a la realidad después de pensarlo razonadamente siempre impiden que lo haga. ¿Por desgracia?

Cascabelito. ¿Por qué un término que originalmente es inocente me induce a pensamientos tan eróticos?, ¿será por el significado que le atribuyo al tintineante sonido?, ¿o quizá es simplemente el hecho de que me llames de una manera que yo considero tan personal? Ahora no sabría distinguir si soy Sara o Cascabelito; por un lado está la alumna ejemplar que no causa problemas y te saluda con una sonrisa leve por los pasillos, sin más intención que esa, por otra parte se reprime la facción a la que le encanta sugestionar tu pensamiento con ideas imprudentes, excitantes. Y no puedo, no quiero separarlas.

Esto parece más una confesión que cualquier otra cosa, pero espero que no te confundas y pienses que tienes a una alumna locamente enamorada babeando tras de ti, no es eso. ¿Cómo definirlo? Creo que esta atracción es algo más primitivo, no está basada en el amor, sí en el cariño, pero la tentación y el saber que eres alguien prácticamente inalcanzable son lo que me mueve a actuar así. Quizá es por esa morbosa diferencia de edad, o por el hecho de que fuiste mi profesor, o puede que sea el magnetismo natural que despertaste en mí. No te dejas seducir, sin embargo tampoco te decides a ponerme límites, y a veces casi podría afirmar que te gusta que me comporte de esta manera, ¿me equivoco? Ya no puedo disfrutar de las horas de tu asignatura, pero cada vez que entro a tu clase con cualquier pretexto, o

paso frente a la puerta y te veo, me atormentan las quimeras. ¿Y si ocurriera algún día? Déjame mostrártelo.

Los pasillos están vacíos y todas las sillas ocupadas, los profesores dan sus clases mientras yo bajo alegremente las escaleras junto a tu aula, con el característico sonido musical del cascabel. Sé que tienes la hora libre, no me ha costado demasiado convencer al sustituto de que tenía que hablar un momento con el tutor, y empiezo a crear una excusa para explicar la razón de ir a verte. Con algo de desilusión al entrar no te encuentro, pero de todas maneras me acomodo en tu asiento, pensando en esperarte unos minutos, con ese ligero nerviosismo que me inquieta cuando no sé cómo vas a recibirme, ni qué es lo que pasará. No tardas en aparecer con tu café, extrañándote un poco de encontrarme allí. Sonrío, y el sonido de la puerta al cerrarse se me antoja deliciosamente excitante.

- ¿Qué haces aquí?, ¿no tienes clase? – preguntas mientras dejas el vaso, ajeno a mi hambre.

- Sí, pero tenía ganas de verte – ¿para qué mentirte?, a veces la verdad es lo más efectivo.

Sonríes y niegas con la cabeza, haciéndome un gesto para que me levante de la silla.

- Levántate y vuelve a clase, anda.

- ¿Y por qué no me levantas tú? – aunque lanzo la provocación me incorporo y me acerco a la puerta, segura de que, como siempre, no reaccionarás como yo quisiera que lo hicieras.

Con un movimiento mucho más que inesperado me encierras entre tu cuerpo y la mesa, con las manos apoyadas en la verde superficie, sin que llegue a haber un verdadero contacto entre los dos. Saliendo a medias de mi estupefacción escruto tu mirada, viendo mi reflejo en el oscuro de tus ojos. ¿Qué haces?, no sé cuales son tus intenciones, ni si tu moral y sentido del deber por fin se han derrumbado. Ninguno de los dos sonrío, ninguno hace ademán de hablar ni de dar una explicación, tampoco de pedirla. Te alejas, seguro de que no me moveré, y colocas la pizarra frente a la puerta, evitando miradas que puedan importunar. Quizá no lo sabes, pero acabas de crear un mundo completamente distinto al de fuera, otra realidad, una en la que tú y yo no somos profesor-alumna, donde no hay reglas ni límites que diferencien lo que es correcto de lo que no lo es, sólo estamos los dos y un deseo insatisfecho.

Vuelves junto a mí, inclinándote al tiempo que retomas tu anterior posición. Alzo ligeramente la cara, siguiendo tu movimiento. El aula parece cargarse de electricidad estática cuando tu respiración toca mis labios. No es un beso y aun así el momento es tremendamente sensual, nuestros cuerpos no se rozan y ya tienes mi pulso acelerado. Entorno los párpados, incapaz de resistirme a saborear lo que sucederá, consciente de que en cualquier momento puedes echarte atrás.

Conectamos. No sabría explicarlo de otra manera, no puedo describirlo, porque lo desmerecería, limitaría el trémulo cosquilleo que descendió por mi vientre, cálido. Llevo las manos hasta tu cabello entrecano con un creciente sentimiento de victoria; por fin mi anhelo se está saciando, alimentándose de tu boca, de este beso a escondidas.

Acaricias con ambas manos mis caderas, subiendo unos centímetros la camiseta. Lo sabes, sabes que he fantaseado con esos dedos durante muchas horas, viéndolos moverse con experiencia por el piano, o rasgueando las cuerdas de tu guitarra. He pensado en ellos recorriendo mi espalda, tocando todo mi cuerpo, buscando los puntos exactos para hacerme emitir la melodía que tú desearas. Ahora se deslizan sin prisa sobre la piel erizada de mi estómago, acrecentando mi nerviosismo, mi expectación. Te alejas lo suficiente como para que pueda leer lo que refleja tu mirada: “Esto no debería estar pasando, no está bien.” Entreabro los labios, no sé si para contestar o reclamando tu boca.

- Creo que ya es demasiado tarde como para hacer como que no ha pasado nada – mi voz oscila entre la desilusión y la lascivia contenida.

Pareces vacilar un momento antes de sentarme sobre la mesa con cierta fiereza, agarrando mis muslos, como si me culparas de tu debilidad, sin saber que esa rudeza lo único que hace es excitarme aún más. Reprimo un gemido tanto de placer como de sorpresa; por unos segundos creí que te arrepentirías y le pondrías fin a esta erótica locura.

Me aprieto contra tu cuerpo, ladeando ligeramente la cabeza en tu hombro para dejar el cuello al descubierto, donde empiezas a crear un camino de pequeños besos en dirección a mi oreja. Arqueo la espalda cuando tu respiración me estremece, buscando un contacto más intenso, aferrada a ti. He dejado de preguntarme qué es lo que estamos haciendo y lo que pasará después. En este momento, arrebatada por esta demencia, lo racional ha dejado de tener sentido, ahora Cascabelito tiene el control, y ha liberado completamente el ardor que me ha estado quemando durante todas las horas que pasé devorándote por los pasillos. Ya no me importa que escuches el suave jadeo que no pretendo reprimir, ni que sientas cómo clavo los dedos en tus hombros para que no te alejes. Ahora sabes cómo es, no tengo que fingir...

No imagino cómo acabaría la situación, si finalmente te frenarías o no, dejándome una vez más con el deseo torturando mis pensamientos, o si culminaríamos la imprudencia. A partir de este momento sabrás que cada roce, mirada, sonrisa, que me regalas me enciende, y puede que eso te incomode, o te satisfaga. Independientemente, Cascabelito siempre estará ahí, esperando para apoderarse de mí y hacerme tentar tu conciencia.

¿Sorprendido?, ¿satisfecho?, ¿asustado?... ¿decepcionado? Aguardo tu sentencia, y quizá algún caramelo.